

## ***Décimo séptimo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B***

### ***Lectio divina sobre Jn 6,1-15***

---

Es más que lógico que nos sintamos algo incómodos cuando oímos, como hoy en el evangelio, que Jesús hizo milagros estupendos. Y no porque, al igual que muchos de nuestros contemporáneos, nos atrevamos nosotros a negar por principio la posibilidad misma del prodigio en nuestro mundo: para muchos, en efecto, creer en milagros sería cosa del pasado o privilegio de gente poco ilustrada. Nuestra incomodidad ante los milagros no proviene tanto de nuestra poca fe sino de nuestra evidente mala conciencia: y es que nosotros, que seguimos creyendo en Jesús y aceptamos su estupendo poder, no hemos conseguido presenciar aún un solo milagro de verdad. Resulta curioso que quienes damos por supuesto que Jesús hizo portentos admirables, como el que nos acaba de recordar el evangelio, no logremos recordar nada extraordinario, algo maravilloso, que nos haya hecho Dios. Deberíamos preguntarnos cuál puede ser la razón: por qué no sigue siendo para nosotros hoy Jesús el obrador de prodigios que fue para sus discípulos en Galilea. Quizá, si volvemos de nuevo a repasar juntos el relato, podremos adivinar alguna de las causas. Seguro que si rehacemos hoy lo que entonces hicieron los discípulos, seremos testigos, como ellos, de los milagros de Jesús.

---

En aquel tiempo, <sup>1</sup>Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). <sup>2</sup>Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

<sup>3</sup>Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. <sup>4</sup>Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, <sup>5</sup>y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:

*«¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?»*

<sup>6</sup>Lo decía para tantearlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.

<sup>7</sup>Felipe le contestó:

*«Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo.»*

<sup>8</sup>Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:

*«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?»*

<sup>10</sup>Jesús dijo:

*«Decid a la gente que se siente en el suelo.»*

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil. <sup>11</sup>Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

<sup>12</sup>Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:

*«Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie.»*

<sup>13</sup>Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido. <sup>14</sup>La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:

*«Este sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo.»*

<sup>15</sup>Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.

### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

El relato pertenece a un conjunto más amplio (Jn 6,1-58), de gran importancia en el cuarto evangelio; presenta la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15) en clave de signo, cuyo verdadero alcance explicará Jesús en el discurso que sigue (Jn 6,26-58). Juan subraya la iniciativa soberana de Jesús, sin aludir a su compasión; no es la necesidad de pan de la gente, sino la falta de fe de sus discípulos, el auténtico motivo del portento; de hecho, es a ellos a quienes va a probar, mientras la muchedumbre prueba el milagro. La gratuidad del alimento no ha de facilitar su desperdicio: los discípulos son los encargados de repartirlo y de conservar las sobras; son los testigos inmediatos del milagro y sus ministros; ser gratuito no convierte al don de Dios en menospreciable. Rehuyendo una dignidad apoyada sólo en el hambre calmada, Jesús corrige las expectativas de su pueblo: de poco valdría un mesías cuya misión acabara cuando se le acabara con el hambre de pan de su pueblo. Aunque el proyecto real de Jesús va más allá, empieza por calmar la necesidad de los suyos. Hay que aprender de Jesús a ser sensibles a la necesidad del pueblo, sin reducirse a la satisfacción de ella.

El relato, situado al centro de la crónica del ministerio público de Jesús, va introducido por una serie de observaciones que le dan verosimilitud: espacio, tiempo y protagonistas quedan bien definidos (Jn 6,1-4). Cuanto va a narrar sucedió estando cercana la Pascua, la fiesta de los judíos. La multitud, sedienta de señales, se agolpa en torno a Jesús, que goza ya una fama de curandero. Pascual es el contexto de la acción y de la explicación de Jesús.

La narración del milagro (6,5-15) sigue de cerca la tradición sinóptica (Mc 6,34-44; Mt 14,14-21; Lc 9,11-17). Pero en Jn la iniciativa parte directamente de Jesús que *tienta* a Felipe (6,5), tras haber *levantado los ojos y ver al gentío* que se le acerca. Sin más razón que esta contemplación, y sabiendo lo que hace (6,6), piensa en darles de comer, una decisión inesperada para sus discípulos.

Como en los sinópticos, la necesidad supera las posibilidades: no disponen de suficiente dinero (Jn 6,7) y andan escasos de provisiones (6,9). La mención de un niño con unos pocos panes, y éstos de cebada - ¿pan de pobre (2 Re 7,1.16) - subraya la pobreza de recursos disponibles. El signo deberá sorprender primero a los discípulos; ellos son sus

mejores testigos: saben de su incapacidad (Jn 6,7-9); y serán sus ministros: deberán acomodar a la gente (Jn 6,10) y recoger las sobras (Jn 6,13), aunque no lo habrán repartido (Jn 6,11).

Los gestos de Jesús son los de quien preside una comida judía: toma el pan, lo bendice, distribuye y cuida de que se recoja lo sobrante, tras haberse servido *cuanto quisieron* (Jn 6,11-12). El milagro, en sí, no es descrito. Pero los resultados son patentes. Los panes multiplicados son de cebada (Jn 6,9), como cuando Eliseo ordenó repartir 20 panes entre 100 personas (2 Re 4,42-44): la superioridad aquí es evidente: mayor es el número de comensales saciados, menor el número de panes multiplicados, y grande la cantidad recogida.

Anotar la reacción del público es elemento constante en los relatos de milagros. Esta es la única vez que en Jn Jesús es reconocido públicamente como taumaturgo. La gente, sabiendo que sólo un profeta puede hacer señal semejante, lo aclama como *el que ha de venir* (Jn 6,14). Resulta verosímil, pues, que la multitud deseara proclamar rey a Jesús. Jesús *descubre* la intencionalidad política y se opone desautorizando la concepción mesiánica que lo motiva: satisfacer hambres no es quehacer de Jesús; *haber visto signos* no es tener fe (Jn 6,26). Y se separa de la gente, que pretende separarle de su misión..., y de sus discípulos (6,15). Sube solo al monte de donde bajó para dar de comer a la gente.

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Los discípulos que presenciaron la multiplicación de los panes en el monte se habían pasado la vida junto a Jesús, acompañándolo mientras recorría Galilea sanando enfermos y predicando el reino. No se perdieron, pues, el milagro, porque no lo habían perdido a él jamás de vista; fueron testigos del prodigio, porque siempre estuvieron junto a quien podía hacerlo. Seguir a Jesús donde vaya, asistirle mientras predica o cura, acompañarle cuando va de camino o reposa en casa, es la forma de seguir presenciando milagros estupendos, ayer como hoy.

Si, por el contrario, dejamos a Jesús con cualquier excusa, por cualquier persona o en cualquier preocupación, le hacemos imposible que se nos manifieste tan estupendo y maravilloso como en realidad es y quiere ser ante nosotros y para nosotros. Sin mantener una relación profunda y continuada con quien puede hacer milagros, no podemos soñar siquiera con presenciarlos: le debemos a Cristo nuestra vida, para que él nos la convierta en una sorpresa mantenida, en una maravillosa aventura. No nos damos cuenta de cuánto nos privamos, por andar por la vida, aunque sea por poco tiempo y casi sin advertirlo, privados de Jesús.

La verdad es que no es fácil convivir con Jesús. Esa podría ser nuestra excusa. Y es que lo primero que hace Jesús con quienes están a su lado es convencerles de lo poco que pueden y de lo mucho que les falta. Cuando, desde el monte donde estaba sentado junto a los suyos, vio la muchedumbre que acudía a él, enseguida se dio cuenta de que necesitaría darles de comer. Preguntando a Felipe cómo podrían hacerse con el pan necesario, le hizo caer en la escasez de sus provisiones y en la pobreza de sus recursos. Los discípulos de Jesús saben por experiencia, y ello constituye una tentación para su fe y causa permanente de su desencanto, que las necesidades de la gente son siempre mayores que sus posibilidades personales. Ni los doscientos denarios de Felipe ni los cinco panes y el par de peces de Andrés podían considerarse medios suficientes para calmar el hambre de la muchedumbre.

Pero lo mejor, y así comienzan los milagros de Jesús, es que él no se deja impresionar por la escasez de recursos de sus discípulos. Más aún, se vale primero de ella, y después de ellos, para realizar el prodigio. ¡Poco, pues, exige Jesús a sus discípulos para convertirlos en testigos de su prodigio!: les hace conscientes de lo poco que pueden ellos solos. Pero les pedirá que se pongan totalmente, con lo poco que son y pueden, a su disposición: la gente se hartará de pan, un pan escaso en manos de los discípulos, porque estos tuvieron suficiente confianza y pusieron en sus manos no sólo el pan que tenían sino que, además, se pusieron a sí mismos a su entera disposición. Y mientras Jesús actuaba el prodigio bendiciendo a Dios y el pan, los discípulos se encargaban de que la gente se sentara: antes que el pan llegara a sus manos, la muchedumbre tuvo un lugar sobre el césped gracias a los discípulos; y gracias a ellos, nada se perdió de cuanto sobró de la multiplicación milagrosa. No tener lo suficiente no fue obstáculo para convertirse en 'servidores' del prodigio.

Resulta consolador comprobar que sin la ayuda de los discípulos, hombres sin muchos recursos, Jesús apenas habría podido satisfacer el hambre de la muchedumbre. Necesitó de su pobreza lo mismo que de su obediencia: hizo que se cayeran en la cuenta que con sus pocos panes mal podían alimentar a la gente; pero quiso que fueran ellos quienes hicieran llegar el pan multiplicado a la gente y quienes recogieran las sobras. Más que con su escasez le importó contar su obediencia: fueron testigos del milagro y sus únicos administradores. ¡Tan poco pide Jesús a sus discípulos para hacer milagros, que le basta su escasez, por grande que sea, con tal que sea tan grande al menos su obediencia y disponibilidad! Pues bien, si tan poco exigente es el profeta de Dios que calma el hambre de multitudes, deberíamos preguntarnos por qué no cuenta con nosotros más, por qué hemos dejado de contar con sus prodigios, si seguimos siendo discípulos suyos. Puesto que si no le importa mucho la escasez de nuestros medios, nada nos excusará de nuestra incapacidad para presenciar milagros, siempre que estemos dispuestos a ponernos a su mando.

Pero no olvidemos que, si Jesús se valió de lo poco que tenían sus discípulos, no los hizo a ellos beneficiarios del milagro. Los puso a trabajar para que la gente tuviera, primero, un puesto sobre la hierba y, después, un pan y un pez entre las manos; pero no multiplicó el alimento sólo para ellos. Los discípulos fueron servidores de Jesús, primero, poniéndole entre las manos cuanto poseían y servidores de la gente hambrienta, haciéndole llegar el alimento recién multiplicado. Los discípulos de Jesús no se sirvieron del milagro, se pusieron al servicio de Jesús para hacer que la maravillosa multiplicación

de panes y peces llegara a todo el que sufría hambre. Jesús sigue necesitando hoy, y ello puede resultar penoso para sus discípulos de hoy, de personas que presencien milagros que no son para ellos, que se dediquen a distribuir el pan que necesitan y sirvan a las gentes que, aunque padecen necesidad extrema, siguen buscando a Jesús y encuentran en él la respuesta a su pobreza. Para volver a hacer milagros hoy Jesús precisa de discípulos que pongan todo lo que tienen, aunque sea poco, a su disposición y se pongan a su servicio.

Por último, y el hecho no es insignificante, hay que advertir que uno de los grandes milagros de Jesús, el que hoy contemplamos, fue algo inútil, por grande que fuese. Jesús se redujo a dar de comer a una muchedumbre un día. Y si no deberíamos dejarnos de maravillar por el portento, tampoco tendríamos que olvidar que el hambre volvió al día siguiente a adueñarse de la gente y entonces ya no tuvieron a Jesús a su lado. Con su milagro Jesús quiso algo más que, simplemente, sorprendernos ante tamaño poder; nos ha advertido que siempre que haya alguien con hambre en nuestro entorno, algo tenemos que hacer, por poco que sepamos o tengamos. Conmovidos por su compasión, no se nos exige más que poner nuestra escasez de recursos en sus manos y cuidarnos del hambriento mientras él opera el milagro.

Mientras haya hambre, habrá necesidad que pongamos todos nuestros recursos y que recurramos a nuestra obediencia para que Dios siga haciendo el prodigio. Que hoy haya hambre en nuestro mundo es una injusticia y un escándalo: algo marcha mal en un mundo donde se malgasta lo que se tiene y no se tiene para atender necesidades vitales de muchedumbres; pero, sobre todo, algo marcha mal en el corazón de los cristianos, porque, precisamente, donde más hambre se pasa hoy menos discípulos de Jesús hay; hoy los países cristianos gozan de mucho bienestar y poca misericordia. Por eso, y no porque no puedan suceder, no sabemos lo que son milagros.